

**LA DEVOCIÓN Y EL AMOR EUCARÍSTICO DE LOS FUNDADORES.
LA CARIDAD INTELECTUAL. DON LUIS DE TRELLES Y NOGUEROL
Monseñor FRANCISCO-JAVIER FROJÁN MADERO:**

**Relaciones con los Estados (Secretaría de Estado)
Postulador de la Causa de Canonización de Don Luis de Trelles y Noguero**

La Iglesia vive de la eucaristía. La eucaristía es el centro neurálgico de la vida eclesial, el *Mysterium fidei* que superando la razón humana, puede ser solamente acogido por la fe y ante el cual solo caben las palabras de santo Tomás de Aquino: *Adoro te devote, latens Deitas*.

Este Misterio de amor, que acontece en la Santa Misa, puede prolongarse e intensificarse a través del acto más grande de adoración de la Iglesia. Decía San Agustín: *nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit*. Es decir, nadie come de esta carne sin antes adorarla.

Pero ¿cómo se podrá entender la vida de la Iglesia, el misterio eucarístico que la nutre, la adoración que quiere y merece, y la comunión que nosotros no merecemos pero sí necesitamos sin entender, sin comprender, sin conocer intelectualmente toda esa serie de misterios? ¿Y cómo los conoceremos sin que alguien nos los explique desde la infancia? ¿Y quién asumirá esa tarea de hacer caridad intelectual en una época de campaña globalizada y de escasez de vocaciones consagradas, sino los laicos? Afortunadamente Dios los manda.

Por otra parte, está la conocida dificultad que el Señor venció hablando en parábolas y haciendo milagros, y sus Apóstoles escribiendo su vida y sus milagros, y haciéndolos ellos mismos en su nombre. Me refiero al hecho de que explicado con proposiciones racionales, el Evangelio entero o cada una de sus partes se comprende mal y despacio. En cambio si se lo enseña encarnado en una vida está más fácil de comprender por nuestra menguada capacidad. Por eso me he decidido a hablaros de la virtud de la "caridad intelectual" mostrándola encarnada en una vida humana. La vida de D. Luis de Trelles y Noguero un laico español, que vivió entre 1819 y 1891 y que fundó la Adoración Nocturna Española en 1872.

Don Luis de Trelles y Noguero fue un varón seglar, casado, abogado, escritor, político y diputado, que practicó en forma admirable y heroica el "arte de la oración" que es la adoración eucarística. Bebía del manantial mismo de la gracia, que es esta adoración silenciosa, y de ella concluía su misión social. En otras palabras, contemplando el rostro de Cristo en la Eucaristía, hablaba con Dios y escuchaba a Dios, multiplicándose, después, en actos de comunión con los hermanos. Todas sus obras, deseos y pensamientos, eran fruto del amor eucarístico.

Se trataba de un coloquio profundo, afectivo y fértil, de una conversación espiritual y de un personal e íntimo encuentro con Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento. Pecadores e incrédulos, agonizantes y atribulados, tibios y fervorosos, caminantes y navegantes, parientes y deudos, amigos y enemigos, eran los beneficiarios de su oración.

Para explicar a los comulgantes primero y a los adoradores después la importancia de este acto de culto, que permite vivir profundamente el asombro por la presencia real del Hijo de Dios en la Eucaristía, Trelles funda en 1870 la revista *La Lámpara del Santuario*.

Esta publicación mensual, cuyo nombre hace referencia a la lamparita que, como testigo silencioso de la fe, arde con luz vacilante ante los sagrarios, fue el vehículo transmisor de su pensamiento. En ella iba plasmando sus reflexiones sobre la situación socio-cultural de su tiempo. Pero el objetivo último de tan admirable edición era poner al hombre en íntima relación con Dios a través del conocimiento de la Eucaristía y, sobre todo, propagar el amor a Ella, abriendo, de este modo, nuevos caminos y compromisos para la transformación de la sociedad según los designios de Dios.

Es a través de sus páginas, como Don Luis ejercitaba la *caridad intelectual*, llevando a la práctica esa obra de enseñar, ayudando al lector a formar y a desarrollar su intelecto en una época caracterizada por la deficiente cultura religiosa, por la tibieza en la manifestación de la fe, y por una persecución con frecuencia violenta (p. e. en 1868) que impedía a la Iglesia publicar hojas parroquiales.

Trelles traducía todo su trabajo intelectual en la práctica de la caridad y de la justicia social, enseñando dónde está el Señor y el amor que Él tiene a toda la humanidad. *La Lámpara del Santuario*, fue el instrumento a través del cual fue tomando cotidianamente el pulso a la sociedad. Consciente de la crisis de la cultura católica en su tiempo se convierte en puente de diálogo entre la fe y la razón y la ciencia. Con ella, Don Luis, pretendía que los adoradores tuviesen una

comprensión más profunda de esta relación entre la Eucaristía y la vida. Escribía para catequizar, para educar, para recuperar la relación existencial entre la fe y la vida, haciendo que el lector se sintiese artífice, constructor y transformador de la realidad histórica concreta. Cuando entraban analfabetos en un turno de adoración, los enseñaba a leer; y a esos mismos y a los que no sabían latín, les enseñaba a recitar los textos latinos de los salmos y demás textos del ritual traduciéndole una a una sus frases para que supieran lo que le decían al Señor.

Esta forma de *caridad*, -don para comprender y servir la praxis eclesial como *caritas in veritate*-, es confiada a aquellos que tienen como tarea la búsqueda de la verdad y de la elaboración cultural. En los intelectuales, la investigación y praxis se integran y, al mismo tiempo, se proyectan en planes culturales concretos en pro del desarrollo de la persona y de la nueva sociedad. Buscar la *caridad en la verdad* debe ser, ante todo, un esfuerzo por analizar con realismo el mundo y lejos de olvidar sus problemas, afrontarlos exigiendo un cambio de mentalidad en la sociedad. Vivir la intelectualidad como vocación para el ejercicio de la caridad intelectual es una responsabilidad de los profesionales de la cultura hacia la Iglesia y la sociedad. Hacia la Iglesia, para poder ayudarla a saber acoger las exigencias siempre nuevas de la *caritas in veritate* mediante proyectos de animación cultural; hacia la sociedad, testimoniando la fecundidad histórica del cristianismo, haciendo que esa elaboración cultural se proyecte social y políticamente al servicio del desarrollo integral del ser humano.

Sólo la *caritas* y la *veritas*, de las cuales el Hijo de Dios se hizo testigo, son la principal fuerza propulsora para el verdadero desarrollo de toda persona y de la humanidad. La *caritas*, nombre mismo de Dios, -*Deus caritas est*, escribe el apóstol Juan (1 Jn 4,8)-, va unida siempre a la *veritas*, pues Dios, además de Amor eterno es Verdad absoluta. Sin verdad la caridad es un simple sentimentalismo. El amor se convierte en un envoltorio vacío, presa fácil de las emociones. En otras palabras, sin Dios el desarrollo del ser humano y de la sociedad viene negado. Y entonces el hombre se degrada en su dignidad.

Y esta *caritas in veritate* necesita de la *caridad intelectual*, no como exigencia de intelectualidad, transformando la fe en una gnosis de naturaleza fideísta o racionalista, sino porque el cristiano encontrando en la historia al Señor, particularmente en la Eucaristía, se desarrolla en plenitud y se habilita para ser constructor del mundo nuevo.

Este fue el servicio de Trelles a la Iglesia: ejercitar la *caridad intelectual* poniéndola al servicio del amor, la justicia y la verdad. Don Luis contribuyó a facilitar una renovación teológico-cultural colocando en el centro de su acción el binomio *Eucaristía y caridad intelectual*. Es decir, interpretó la situación histórico-social de su tiempo en Cristo Eucaristía, para poder así promover el desarrollo humano integral. Propuso un humanismo en el que el ser humano es el primer bien que debe ser custodiado. Su insistencia en la defensa de la persona y de su total dignidad está basada en una concepción específica de hombre, en un antropología concreta. La afirmación primordial de esta antropología es la del hombre creado a imagen de Dios y revelado en Jesucristo. El hombre cocreador y transformador. El hombre considerado no solamente en su dimensión terrena, sino en su perspectiva eterna. El hombre que se interpreta en Cristo. Un humanismo inseparable del comportamiento ético, en el que dicho binomio constituye la vía maestra para vivir ese decisivo servicio a la sociedad. El único binomio que podrá relanzar la acción eclesial y social de los cristianos y contribuir, así, a mejorar la sociedad y sus valores. Dicho de otro modo, la *caridad intelectual*, que es el rostro específico y el alma de la *caritas in veritate*, desarrolla una función salvífica. Por ello, reclamando en sus escritos una especie de hegemonía cultural respecto a las exhaustas culturas políticas y económicas del siglo XIX, retorna a la Eucaristía y con ello a la centralidad de la persona.

Para Trelles, cristología y antropología constituyen los puntos de referencia de sus enseñanzas. En sus escritos aparece todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía. Trelles "ve, siente, gusta, oye" en las especies consagradas a Cristo hombre, a Cristo cuerpo, sangre y alma, a Cristo niño mamando, jugando, llorando con su Madre; a Cristo adolescente, trabajando con su padre José y aprendiendo y enseñando en el Templo y en la Sinagoga, a Cristo predicando y haciendo milagros, a Cristo triunfante en el Tabor y en Ramos; a Cristo sudando sangre en Getsemaní y en la Vía Dolorosa; a Cristo exangüe en el Calvario, a Cristo resucitado con Magdalena y Pedro, a Cristo ascendiendo en el Olivete. Trelles reconoce la dignidad ontológica de cada ser humano porque Cristo lo ha declarado hijo de Dios y hermano suyo. Y le avisa de que su dignidad ética depende de su esfuerzo por asimilarse a Él, por imitar en lo posible una por una sus virtudes eucarísticas... Lo cual se consigue orando ante el sagrario y adorando el Misterio.

Así es como el culto al Santísimo Sacramento impregna cualquier aspecto de la realidad del individuo. La caridad, de la cual el Resucitado es origen y fuente en la Eucaristía, se convierte en el alma de la vida cristiana. Si existe un hombre nuevo en Cristo tiene que haber una nueva

teología moral y una renovada praxis ética. Y esta praxis es la del amor. "Amar al prójimo" es sinónimo de observar un comportamiento ético concreto: vivir los valores evangélicos en los asuntos de cada día, a cualquier nivel y en todo tipo de actividad. Quien no ama reduce la actuación de los valores éticos a compromisos meramente legalistas.

De este modo, Trelles iba de la ciencia intelectual, a la que llegó con la gracia de Dios, a la actividad social, caritativa y amorosa. Y de la praxis caritativa volvía a esa reflexión, a esa sabiduría teórica que le inspiró las intelecciones correctas, las decisiones justas y las actividades apostólicas adecuadas para cada ocasión. Es decir, su metodología era ir desde la intelectualidad a los pobres y viceversa, pasando siempre por el Sagrario. Y, por ello, sus escritos incidían en el tejido histórico del creyente.

La caridad social, la concretó de modo especial en su ingente obra de *liberar a los cautivos*. A través de su triple condición de jurista, periodista y particularmente de su participación en la vida política propagó eficazmente el Reino, concretando particularmente su compromiso en la defensa pública de la Iglesia Católica y en la defensa legal gratuita de los hermanos marginados o perseguidos, tanto políticos como religiosos. Dedicó toda su vida a ayudar y amparar a las víctimas de la segregación social. Era su apuesta por la justicia en favor de los débiles, de los que no tienen voz. Realizó la gesta de visitar a 23.000 prisioneros en cárceles repartidas por toda la Península Ibérica, y de sacarlos de ellas a través de los canjes. Veía en cada uno de ellos, al mismo Cristo. Hablaba con ellos viendo en cada uno, también si era del campo enemigo al carlista con el que él simpatizó los treinta últimos años de vida, al mismo Cristo eucarístico.

Se unió a Jesús eucaristía para seguir una vida de santidad por la caridad. Hacía de ella el soporte teórico de su praxis profesional. Militó en diversos partidos políticos buscando siempre aquellas ideologías que velasen mejor por la defensa de la fe y los intereses de la Iglesia y de los hombres. Se retiró de la política defraudado por el interés partidista que buscaba más el interés del partido que el bien común de los ciudadanos. Era, lo que hoy diríamos, un católico auténtico en la vida pública.

A pesar de su reconocida preeminencia política y social, y de sus éxitos profesionales, le gustaba ejercer la humildad manteniéndose en un segundo plano, siempre, salvo en las ocasiones de peligro de la propia vida o fama. Fue seguidor fiel de las exigencias del Magisterio de Pío IX y León XIII, y del gobierno de la Iglesia, aunque sin perder de vista los límites de la razón y la legalidad canónica y civil.

Exhortaba a sus asociados a participar en política sin cansarse ni desalentarse, y a proclamar con valentía su fe en medio de un mundo hostil e incrédulo. Para él, todo laico formado en la escuela de la Adoración Eucarística estaba llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social, contribuyendo a la regeneración de la sociedad. No era concebible que los creyentes suprimiesen su fe para ser ciudadanos.

Para instaurar la sociedad justa, en aquel contexto de acentuada secularización, resaltaba la importancia decisiva de la praxis como criterio valorativo de la doctrina. En efecto, el testimonio, en un mundo que cree más a los hechos que a las doctrinas, caería en el vacío si no demostrara su eficacia en el empeño por la liberación del hombre y por la defensa de su dignidad. Por ello, se esfuerza en abrir las inteligencias y las voluntades a las exigencias del bien, a fin de que "la vida humana se haga más humana".

La caridad era su preciado tesoro. Así lo expresó vitalmente al decir: "ama a Dios en la eucaristía marginada sobre todas las cosas, y a los seres humanos marginados en tu entorno como a ti mismo".

Para Trelles un cristianismo de caridad social sin aquella intelectual corría el peligro de convertirse en puro "asistencialismo" organizado, útil para la sociedad, pero, al fin y al cabo, marginal. La caridad social necesita de un proyecto intelectual de fondo. Y la caridad intelectual permite una continua y permanente elaboración cultural sin la cual los creyentes no pueden ser promotores y constructores de un desarrollo humano integral en la historia.

La caridad intelectual promueve, sostiene e ilumina la verdadera praxis eclesial. La acogida y el desarrollo de la caridad intelectual es el primer y esencial servicio de la Iglesia al mundo. El signo más elocuente de la fecundidad del Evangelio.

La caridad intelectual no es un fenómeno de élite y por tanto marginal. Es un don que el Resucitado comunica a sus discípulos. En efecto, la celebración eucarística ha sido siempre un encuentro con el Verbo-Logos, con Aquel que es el Señor del cosmos y de la historia.

No habrá ni una liturgia eucarística que se transforme en caridad, si el hombre de la cultura no encuentra el Amor-Logos, fuente y manantial de la *caritas in veritate*.

Sin caridad intelectual, vivida por hombres y mujeres que la reciben como don en la eucaristía, la comunidad cristiana corre el riesgo de perderse en formas sacrales o secularizantes.

La relación estrecha entre Eucaristía y *caridad intelectual* es decisiva para la renovación de las iniciativas caritativas. La caridad social debe encontrar su fuente, que es la Eucaristía, y su unidad con la caridad intelectual. De este modo el cristianismo volverá a ser el verdadero motor del desarrollo humano integral.

La caridad intelectual, a través de una profunda y serena reflexión, es capaz de poner en el centro de la historia concreta de cada hombre y de cada sociedad y cultura al Señor. Ese Señor que habla a través de la Sagradas Escrituras y está realmente presente en el pan Eucarístico.

Todas las asociaciones de fieles que tienen como compromiso concreto la adoración de Jesús Sacramentado son un fermento de contemplación para toda la Iglesia y una llamada a la centralidad de Cristo para la vida individual y comunitaria.

Los escritos de Don Luis Trelles son, para nosotros, una invitación a sumarse a la misión de impregnar de valores cristianos las políticas, las decisiones y las culturas. Una invitación a volver la mirada al hombre, tal y como lo concibe el mensaje cristiano. Construir un mundo sin Dios acaba destruyendo al ser humano y a su propia racionalidad. Tenemos ante nosotros un gran reto. Un reto que hoy se hace urgente. Urge activar una renovación cultural; redescubrir los valores de fondo sobre los que construir un mundo mejor; volver a trazar nuestro camino, y establecer, no solamente a través de la teoría sino más bien desde el amor fraterno y el comportamiento ético, nuevas reglas y nuevos objetivos.

La *caridad intelectual* que nunca, a lo largo de la historia, ha estado ausente en la vida de la comunidad cristiana, es la vía para hacer que la caridad vuelva a ser la plena manifestación de la fecundidad histórica del cristianismo. La comunidad cristiana necesita una continua elaboración cultural, sin la cual no es posible ningún tipo de proyección hacia el futuro.

El servicio específico que la caridad intelectual debe desarrollar para devolver fecundidad histórica al testimonio de la caridad es ofrecer la vía para interpretar y servir la nueva situación histórica del hombre. Tarea no fácil en los tiempos actuales, ya que esta caridad no encuentra suficiente eco en los círculos intelectuales contemporáneos.

“El mundo sufre por la falta de pensamiento”. La propuesta de Trelles es la responsabilidad histórica del cristianismo. Un cristianismo llamado a desarrollar un servicio idéntico al que hizo en sus albores. Ayudar a que el hombre encuentre en el Amor-Logos el fundamento de su existencia. Solo Él, que es el Absoluto, puede impulsar a los creyentes a construir un desarrollo humano integral, a fin de liberar al mismo hombre de la muerte y de su anulación en la historia.